

Lo que llama «revolucionaria transformación artística de lo estructural de la novela»<sup>27</sup> no es sino el resultado de una insegura organización textual. La formulación hecha, al final de la novela, por el herrero Huanca de su pensamiento marxista es una buena arenga política cuya efectividad literaria no queda sustentada, como Lazo pretende, en consideración a «la sencillez, vehemencia y coherencia de la discusión de los personajes concurrentes».<sup>28</sup> Nada que decir sobre el impresentable (literariamente hablando) ingenuismo de los indios soras. Baste destacar por último, que la precariedad de composición y la sobreimpostación lingüística motivan que *El tungsteno* nos haga pensar en el malogrado *Lázaro* que escribiría años después Ciro Alegría.

Respecto a *Paco Yunque*, justamente definido por A. Coyné como «breve relato, límpido y fácilmente conmovedor»,<sup>29</sup> cuya publicación en Madrid en 1931 fue intentada sin éxito por Vallejo, diremos con Rodríguez Peralta que «aunque demasiado sentimental [...] es mucho más efectiva en transmitir su mensaje que el explícitamente doctrinario *El tungsteno*».<sup>30</sup> Vallejo en esta obra lo fía todo a la fuerza de un hábil montaje dialógico con muy discreta apoyatura en la información del narrador, de tal modo que la penosa vejación de un escolar por otro a quien, dada su condición, ha de respetar y servir, tolerada por un maestro inerme ante el sistema, se constituye en un predicado vigorosamente sostenido frente a las relaciones de oposición que propician, pero inútilmente, el cambio, es decir, el triunfo de la justicia. Relato cargado de fuerza connotadora, con una tensión sin fisuras, *Paco Yunque* es un impresionante paradigma indigenista, incluso aunque se soslayan especificaciones, bien sobreentendidas, en torno a lo racial, porque su autor ha esquivado, a diferencia de lo ocurrido en la anterior, el riesgo, grave para él, de dejarse atrapar por las coordenadas de una obra de tesis, permitiendo que sea el propio texto el que active las facultades reflexivas del receptor para una verdadera constitución de sentido.

Hemos dejado atrás otro relato de publicación póstuma (1967), que intentó le fuera editada por el gobierno del Perú en 1927, *Hacia el reino de los Sciris*. Se trata de un convencional cuento «histórico» peruano en el que se recogen ciertos aspectos del reinado de Tupac Yupanqui: sus ansias pacifistas tras el fracaso de su hijo Huayna Cápac en su primera campaña militar, el incidente de la gran piedra caída en la construcción de la fortaleza de Sajsahuamán, ceremonias y sacrificios de gran fasto. Todo un convencional ejercicio de arqueología literaria, producto acaso de la urgencia de buscar algún provecho material para atender necesidades inmediatas (dicho sea sin prejuzgar los resultados de la literatura apresurada, a la que se debe la existencia de obras como *Lucía Jerez*).

De ahí salió *La piedra cansada*, una de las cuatro piezas, dos de ellas inéditas, que constituyen la creación teatral de Vallejo. Obra algo confusa, que el propio Vallejo no pudo revisar adecuadamente, no añade casi nada a lo que hasta aquí llevamos observa-

<sup>27</sup> R. Lazo, *La novela andina*, México, Porrúa, 1971, p. 51.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>29</sup> A. Coyné, *ob. cit.*, p. 283.

<sup>30</sup> Ph. Rodríguez Peralta, *ob. cit.*, p. 440.

do, sin que dejemos de reconocer su lirismo. Entrar en ella y en las restantes significaría prolongar sin mayor provecho para los fines propuestos este trabajo.

Su conclusión es ésta: Vallejo no podía menos que ser indigenista. Lo llevaba en la sangre. Pero por encima de ello era un peruano con todas las ventanas de su identidad humana y cultural abiertas. Por esa razón tampoco podríamos decir que fue, sin más, un hispanista, a pesar de haber concedido a España tratamiento y lugar privilegiados. Lo verdaderamente trascendental de su obra —su poesía— es aquello que la revela como emanación de un ser, preciso es repetirlo, de excepcional humanismo; alguien muy diferente al machadiano «hombre que sabe su doctrina». César Vallejo no fue ajeno a ninguna de las grandes inquietudes de su tiempo y por eso encasillarle en exclusiva dentro de cualquiera de ellas es limitarle. Del mismo modo que empieza a resultar ocioso el debate acerca de su vinculación o no a este o aquel «ismo», también puede serlo el abrir otro sobre la trayectoria indigenista de su escritura. Muy de acuerdo con A. Ferrari, y extendiendo su juicio a toda la obra de creación del poeta de Santiago de Chuco, nos sentimos llamados a rechazar «todas las interpretaciones que no tomen en cuenta la totalidad unitaria de la obra misma, y que abultan desmesuradamente algún aspecto particular de la poesía de Vallejo en detrimento de su significación originaria y total».<sup>31</sup>

Luis Sáinz de Medrano\*

<sup>31</sup> A. Ferrari, *El universo poético de César Vallejo*, p. 350.

\* Las citas de poemas de Vallejo están tomadas de la edición *Obra poética completa, Introducción de Américo Ferrari*, Madrid, Alianza Tres, 1983. Las de sus narraciones proceden de *Novelas y cuentos completos*, Lima, Francisco Moncloa Editores, 1967.

